

estado fascista sino un golpe militar contrarrevolucionario que respondía a una revolución de izquierdas antidemocrática.

Finalmente, el autor se pregunta por qué, si la influencia del catolicismo era resultado de la opresión y de la falta de libertad, fue posible el catolicismo mantuviera su poder (en referencia a las elecciones del 1933). Concluye que los partidos de izquierda subordinaron la realidad a la ideología ya que «su revolución religiosa estaba reñida con el pluralismo político y exigía plena unanimidad, esto es, un concepto de democracia puramente schmittiano basado en la homogeneidad y en el que primaba el laicismo por encima de la tolerancia. El anticlericalismo, por tanto, no fue sino una manifestación más del exclusivismo político».

El libro merece una lectura atenta, aunque no da respuesta cumplida (tampoco lo pretende) a las raíces del anticlericalismo secular español, habitualmente bien descrito en su fenomenología pero no en sus causas. Es un libro, en mi opinión, donde prima la interpretación y el análisis sobre la exposición de los hechos.

S. Casas

**Pablo BLANCO**, *Joseph Ratzinger. Una biografía*, Eunsa, Pamplona 2004, 203 pp.

La presente obra es una «semblanza biográfica» –como el autor indica–, en la que se combinan los hechos autobiográficos narrados por el mismo teólogo bávaro –ahora Benedicto XVI– junto con datos extraídos de las biografías y estudios más autorizados (Allen, Nichols, Torielli), así como con algunas rápidas incursiones en la ingente obra del cardenal Ratzinger. El resultado es un ameno y documentado relato, en el que se intercalan comentarios históricos y de contenido que ayudan a conocer mejor la obra del que tal vez sea uno de los teólogos más influyentes en la actualidad. En definitiva, una excelente introducción a la persona y al pensamiento de Joseph Ratzinger.

El libro se estructura en cuatro partes. La primera trata de situarnos en la idiosincrasia alemana (y, más en concreto, bávara), al mismo tiempo que ofrece una breve historia de las ideas en Alemania: la primera evangelización, Lutero, Kant, el romanticismo y el pensamiento cristiano en el siglo xx. El segundo capítulo se centra en los acontecimientos biográficos que influyeron en la personalidad del joven Ratzinger: una infancia vivida durante el nazismo, la guerra, la llamada al sacerdocio y los estudios en Múnich. Al hilo de estos acontecimientos, el autor describe el ambiente cultural, eclesial y teológico de la Alemania de entreguerras y de posguerra: Barth, Guardini, Schmaus, la influencia de Henri de Lubac, Karl Rahner...

El tercer capítulo aborda el largo peregrinar de Ratzinger por distintas universidades alemanas: Bonn, Münster, Tübinga y Ratisbona. Se ofrecen aquí algunas breves incursiones en la obra y el pensamiento del joven profesor. Sin embargo, lo más significativo del momento será su presencia y su aportación al Concilio Vaticano II, donde la teología de Ratzinger irá cogiendo cuerpo: la eclesiología eucarística, su visión inicial de las Iglesias particulares, sus ideas sobre la Escritura y la Tradición, la reforma litúrgica, etc. Resulta también interesante el cambio de rumbo que supuso su traslado a Ratisbona, donde hará una propuesta constructiva al postconcilio. Serán los años en que colaborará con Hans Urs von Balthasar en la edición de *Communio*, como alternativa a *Concilium*, en la que había colaborado antes pero que abandonó al considerar que estaba tomando extraños derroteros fuera de la Iglesia.

Por último se reseña brevemente su actividad como obispo de Múnich y Frisinga y, sobre todo, su labor al frente de la Congregación de la Doctrina de la Fe. Se centra en el sínodo de 1985 sobre la comunión eclesial y la elaboración del *Catecismo de la Iglesia católica*, sobre todo. Por último, se ofrecen allí las últimas intervenciones privadas del cardenal sobre la liturgia y la necesidad de la centrali-

dad del Cristo en la situación actual. Terminan estas páginas con una cronología y una bibliografía de sus obras publicadas en castellano. En resumen, una completa y rica panorámica sobre la figura de uno de los principales testigos (y protagonistas) de la teología del siglo xx y de este cambio de milenio, ahora elegido Romano Pontífice en sucesión de Juan Pablo II.

C.J. Alejos

**Walter BRANDMÜLLER**, *Holocaust in der Slowakei und Katholische Kirche*, Verlag Ph. C. W. Schmidt, Neustradt an der Aisch 2003, 216 pp.

Walter Brandmüller, profesor emérito de la Universidad de Augsburg y actual presidente del Pontificio Comitato di Scienze Storiche, ha realizado una notable investigación, trayendo a luz documentos desconocidos acerca del holocausto en la República eslovaca durante los años de «protección» del III Reich. El autor ha accedido a nuevas fuentes del Archivio della Congregazione per gli affari ecclesiastici straordinari, del Budesarchiv de Berlín, del Politisches Archiv des Auswärtigen Amtes de Berlín y del Archivo Nacional de Eslovaquia en Bratislava. Los datos aportados por los nuevos acervos documentales no desmienten, sino que confirman, la impresión que ya se tenía después de la lectura de los once volúmenes de *Actes et Documents du Saint Siège relatifs à la Seconde Guerre Mondiale* (Ciudad del Vaticano entre 1970-1981).

¿Por qué Eslovaquia? Las razones históricas y sociológicas resultan ahora evidentes. Eslovaquia fue, durante la segunda Guerra Mundial una república independiente, confesionalmente católica, presidida por un clérigo. Quizá convenga que recordemos algunos datos históricos.

Después de la primera Guerra Mundial (1914-1918), Checoslovaquia consiguió su independencia, al desmembrarse el Imperio aus-

tro-húngaro. Por el Tratado de Pittsburgh de 1918, el presidente de Checoslovaquia se comprometió a reconocer la autonomía de los dos pueblos: el checo y el eslovaco dentro de una república unitaria. En 1918 fue reconocida la Asamblea de Eslovaquia. Sin embargo, las autoridades checas oprimieron durante dos decenios a los eslovacos, hasta que los eslovacos alcanzaron una efectiva autonomía (después de una larga y difícil resistencia) en 1938, quedando en manos de Praga sólo la política militar, financiera y exterior. En Bratislava se estableció un gobierno autónomo dirigido por el Dr. Jozef Tiso, sacerdote católico, con atribuciones de ministro-presidente.

Los agentes del III Reich provocaron, entre tanto, un clima de fuerte hostilidad contra los checos y una gran agitación social, que dio lugar a una dura represión por parte de Praga. En tal situación, y habiéndose ya producido el «Anschluss» de Austria, los eslovacos solicitaron la protección de Alemania, que designó a Tiso como presidente títere. Tiso pasó, pues, a presidir un país independiente (los alemanes controlaban ya casi toda Chequia), aunque sometido a una vigilancia agobiante por parte del III Reich. Con tales hechos nos situamos ya en septiembre de 1939. Antes, en mayo, se había producido una larga visita a Eslovaquia de un delegado apostólico (el sacerdote Raffaele Forni), que había informado detalladamente a la Secretaría de Estado del Vaticano acerca de la situación de Eslovaquia y de las ideas de Tiso. Mientras tanto, y a través de la nunciatura en Berlín, comenzaron a llegar al Vaticano noticias de las deportaciones de judíos eslovacos. No es de extrañar, por tanto, que la Santa Sede no se dignase felicitar a Tiso, cuando éste fue elegido presidente de Eslovaquia. Finalmente, ya en 1940, la Santa Sede decidió erigir la nunciatura en Bratislava, después de muchas dudas y cediendo a la tenaz insistencia eslovaca. Mons. Giuseppe Burzio fue designado nuncio.

Los informes de Forni son preciosos. En ellos narra con amplitud su conversación de